

Iglesia y Estado durante la Segunda República española: el archivo Vidal y Barraquer

Hilari Ragner *

LA Segunda República española no cesa de suscitar trabajos de los estudiosos. Ocasiones propicias para ello fueron, en 1981, el cincuentenario de su proclamación (1), y en 1991 el

* Benedictino. Historiador. Monasterio de Montserrat (Barcelona).

(1) Véase, por ejemplo, el número monográfico de *Arbor* de junio-julio de 1981 (T. CIX, núms. 426-427), especialmente la introducción del coordinador M. Tuñón de Lara «Historiografía de la Segunda República: un estado de la cuestión» (págs. 9-26)

sexagésimo aniversario (2). La cuestión religiosa es, en las recientes reflexiones históricas sobre la República, tema obligado no sólo para la historia eclesiástica sino también para la historia política de España, porque constituyó, sin duda, uno de los grandes problemas que tuvo que afrontar (junto al problema constitucional o del régimen, el regional o autonómico, el social o agrario y el militar), y con razón ha merecido últimamente una atención especial, porque constituye el antecedente directo del aspecto religioso de la Guerra Civil (3). Personaje destacado de las relaciones entre la Iglesia y la República fue el cardenal-arzobispo de Tarragona, Francesc d'A. Vidal i Barraquer, a quien tocó presidir la conferencia de metropolitanos desde la expulsión del cardenal Segura hasta la elevación del doctor Gomá al cardenalato, aunque, a diferencia de su predecesor y de su sucesor, siempre propugnó una dirección colegiada de la Iglesia española. Sin embargo, ha pasado bastante desapercibido, al menos para el gran público, el feliz término de la publicación de su archivo, que ofrece material básico para este tema para el período que va desde el 14 de abril de 1931 hasta el 18 de julio de 1939, en edición a cargo de Miquel Batllori y Víctor Manuel Arbeola (4). Ciertamente es que la aparición del primer volumen, en 1971, fue saludada con general entusiasmo, al que tal vez contribuyó el movedizo contexto político y religioso, pero el interés parece haber decrecido en proporción inversa al mérito que supone tan impropio y prolongado trabajo.

Consciente del valor histórico de toda esta documentación, el cardenal Vidal i Barraquer la conservaba cuidadosamente. Cuando en julio de 1936 tuvo que dejar Tarragona y pudo ser evacuado gracias a la intervención del consejero de Cultura, Ventura Gassol, y del mismo presidente Companys, el delegado de la Generalitat en Tarragona advirtió el peligro

(2) Por ejemplo, el número monográfico de la revista de la Universidad del País Vasco *Historia contemporánea* (1991, núm. 6), bajo el título general de: «1931: una constitución y un sistema político».

(3) Véanse las comunicaciones del simposio celebrado en Madrid los días 14, 15 y 16 de noviembre de 1989, en *La Iglesia católica y la Guerra Civil española (Cincuenta años después)*, Fundación Friedrich Ebert-Instituto Fe y Secularidad, Madrid, 1990.

(4) *Arxiu Vidal i Barraquer. Església i Estat durant la Segona República espanyola, 1931-1936*. Textos en lengua original. Edición al cuidado de Miquel Batllori y Víctor Manuel Arbeola (Colección *Scripta et Documenta*, núms. 20, 21, 23, 24, 27, 28, 33, 37 y 39). Cuatro tomos, subdivididos en nueve volúmenes. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1971-1991.

que corría aquel precioso archivo, y la Generalidad, tal como hacía, en aquellos días terribles, con otros tesoros artísticos o históricos, y en la medida de sus escasas posibilidades, envió al rector de la Universidad de Barcelona, el historiador Pere Bosch i Gimpera para salvarlo. Según contó éste más tarde al padre Batllori, encontró los papeles bastante revueltos por los registros del comité revolucionario, pero no parece que hubieran sustraído ni destruido nada. El archivo fue trasladado a Barcelona y confiado a don Josep Vidal i Barraquer, hermano del cardenal, y al fallecer éste en 1938 quedaron en poder de diversos familiares y antiguos colaboradores del arzobispo. Posteriormente se reunió todo el fondo para poder proceder a su publicación.

Durante veinticuatro años, desde 1968 a 1991, los dos responsables de la edición han dedicado buena parte del verano a encerrarse en la sección de Historia Contemporánea de la Biblioteca del Monasterio de Montserrat para colacionar documentos, consultar bibliografía y redactar introducciones o notas. Sólo así se explica el ritmo de publicación, que parecería haber necesitado un numeroso equipo de colaboradores y unos medios que no estaban entonces al alcance de los investigadores. En 1971, a los tres años de poner manos a la obra, vieron la luz los dos tomos del primer volumen, que abarcaba del 14 de abril al 30 de octubre de 1931. El segundo volumen, del 30 de octubre de 1931 al 12 de abril de 1932, también en dos tomos, no pudo salir hasta 1977. El extenso volumen III vio publicado su primer tomo, correspondiente al período entre 14 de abril y 12 de diciembre de 1932, en 1977; pero el segundo, que abarca del 1 de enero al 2 de junio de 1933, no pudo aparecer hasta 1981. Y del IV, también muy largo, pues llega hasta el 18 de julio de 1936, hemos podido ver el primer tomo en 1986, el segundo no pudo salir hasta 1990 y el tercero, con los últimos documentos, apéndices, bibliografía e índices, es el que en diciembre de 1991 ha cerrado la serie. En total son 1.332 los documentos propiamente dichos editados, que con los anexos ocupan cerca de cuatro mil densas páginas, con elevada proporción de letra menuda.

Pero es evidente que el mérito de los editores Batllori y Arbeola no se mide sólo por la cantidad, sino, sobre todo, por la calidad de su trabajo. La *Introducción* que encabezaba el primer volumen explicaba los rigurosos criterios metodológicos adoptados. Habían aparecido ya, en 1968, cuando ellos iniciaron su tarea, los primeros volúmenes de la documentación

vaticana relativa a la Segunda Guerra Mundial (5), que Pablo VI, saltándose los plazos de la tradicional parsimonia archivística vaticana, mandó publicar para vindicar la memoria de Pío XII. Aunque nuestros editores no lo expliciten, seguramente tuvieron muy presentes ciertas críticas que se habían dirigido contra este gran repertorio documental, en el que se ve claramente que faltan algunas piezas importantes. En el caso del archivo Vidal i Barraquer, lo más cómodo para los editores y a la vez lo más práctico editorialmente hablando hubiera sido seleccionar los documentos verdaderamente importantes política y eclesiásticamente. Pero la cuestión religiosa durante la Segunda República era entonces (6) tema tanto o más vidioso que el del Papa y los judíos, y había que extremar el rigor metodológico de tal manera que, como la mujer del César, esta edición no sólo fuera honesta, sino que también lo pareciera. ¿Quién juzgaría qué documentos eran importantes, y con qué criterios? De acuerdo con los sobrinos del cardenal, que también querían asegurar al público la transparencia, y como la edición íntegra del archivo resultaba absolutamente inviable, decidieron establecer unos criterios objetivos, que garantizan que no se ha escamoteado nada. Ante todo, se prescinde de la calificación que a algunos documentos dieron sus autores de «confidenciales» o «reservados», de la que tanto se ha abusado y se abusa en ciertos archivos, entendiendo, con razón, que «lo eran sólo en los momentos en que se escribían o enviaban»; además, muchos de ellos fueron más tarde divulgados o conocidos, o los hechos de que tratan constan por otras fuentes. En cambio, ya que el tema de esta serie documental son las relaciones entre Iglesia y Estado, se excluye, en principio, todo el material exclusivamente relativo a la archidiócesis de Tarragona. También algunos contados documentos de carácter personal han sido omitidos, o bien extractados, indicándolo siempre con puntos suspensivos. Las personalidades e instituciones cuya correspondencia se edita completa (es decir: originales recibidos y minutas de las cartas enviadas) son las siguientes: Santa Sede y Nuncia-

(5) *Actes et documents du Saint-Siège relatifs à la seconde guerre mondiale*. Secrétairerie d'Etat de Sa Sainteté-Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 11 vols., 1965-1981.

(6) En 1968 había publicado V. M. Arbeola *La Iglesia en España ayer y mañana* (Cuadernos para el Diálogo, Madrid), una encuesta ante personalidades de todo el abanico político-religioso sobre el papel que había juzgado la Iglesia en nuestra historia reciente. Las respuestas aparecen muy polarizadas. La obra, por cierto, fue retirada de la circulación y guillotizada. En la Biblioteca de Montserrat se conserva un ejemplar con ciertos párrafos marcados, los que alguien pensó que, suprimiéndolos, se podría salvar el libro; pero ni así.

tura; metropolitanos españoles, incluidos los que sin ser arzobispos ejercían de tales; los obispos; otras personas que con el tiempo serán arzobispos o cardenales (la correspondencia con los demás obispos, tanto de la provincia tarraconense como de las otras, se extracta y se utiliza en las notas); superiores generales de órdenes y congregaciones religiosas; presidentes de instituciones eclesiásticas o católicas que se hallaban extendidas por toda España; y finalmente, en cuanto a personalidades políticas, los presidentes de la República, del Consejo de Ministros, de la Generalidad, los ministros del Gobierno Central y consejeros de la Generalidad y los diputados a Cortes y al Parlamento de Cataluña durante sus respectivos mandatos. Los sobrinos del cardenal y los editores del *Arxiu Vidal i Barraquer* garantizan al lector que no ha sido omitido ningún documento enviado o recibido por cualquier persona incluida en las mencionadas categorías, aunque se tratara de una simple tarjeta de felicitación navideña o de pésame, o de un *saluda* protocolario. Pero éstos son los mínimos; además, muchos importantes documentos que no entraban en el elenco indicado han sido incorporados, ya sea porque acompañaban como anexos algunos de los anteriores, o porque los editores, juzgándolos importantes, los incluyen como anexos o en apéndice. Y muchos otros son extractados o al menos mencionados en las notas. Los documentos se editan en su lengua original, que casi siempre es el español, algunas veces el latín o el italiano (en documentos procedentes de la Santa Sede) y otras pocas el catalán. Las introducciones a cada parte o grupo cronológico de documentos, en las que se ofrece una síntesis de los acontecimientos o problemas a que se refieren, se hallan en doble versión, catalana y castellana.

Reconocen Batllori y Arbeloa que, «por tratarse de un corpus documental sacado fundamentalmente de un único archivo, no basta (...) para escribir una historia de aquellos años y de aquellos problemas», pero esta historia ya no podrá hacerse sin este archivo, con las densas notas explicativas y bibliográficas que lo acompañan y los índices que los siguen. Las notas no son de tipo interpretativo sino informativo. Unas son bibliográficas, incluyendo muchas referencias de la prensa contemporánea, y aunque nunca se puede decir que una bibliografía sea exhaustiva, de las notas bibliográficas temáticas que acompañan esta publicación lo menos que puede afirmarse es que son muy completas y selectas. Hallamos también notas de sucinta información biográfica sobre personajes políticos y eclesiásticos, que para los nombres de segunda o tercera fila resultará útilísi-

mo instrumento. Los índices onomásticos y de materias, cuidadosamente elaborados, facilitan el manejo de la obra. De hecho, puede decirse que desde la aparición de los primeros volúmenes se inició una revisión de la historiografía sobre la Segunda República. En particular la figura del cardenal Vidal i Barraquer emerge cada vez más como el modelo de lo que hubiera tenido que ser la actitud de la Iglesia en aquellos años críticos, tanto los de la República como los de la guerra. En 1939 Vidal i Barraquer era mal visto, tachado de rojo y de separatista y casi de renegado, no sólo por los vencedores de la guerra civil, sino incluso por buena parte de la Iglesia española. Esta difusa opinión adversa se avenía mal con el hecho innegable de la defensa que de Vidal i Barraquer había hecho Pío XII: no sólo se negó rotundamente a removerlo de la sede tarraconense, como exigía Franco bajo grandes amenazas, sino que una y otra vez presionó para que se permitiera el regreso del cardenal desterrado. Llegó incluso, cuando Franco quería que los nuevos obispos prestaran juramento de adhesión al régimen, a decirle que aceptaría que juraran, y que lo hicieran según la fórmula dura que Franco proponía, si aceptaba el retorno de Vidal i Barraquer, pero el católico caudillo no accedió.

El conocimiento de su archivo ha suscitado general admiración hacia la figura del cardenal Vidal i Barraquer. Ya la biografía que le dedicó Muntanyola (7), aparecida simultáneamente con el primer volumen del *Arxiu Vidal i Barraquer*, llamó la atención de historiadores y también de gente de Iglesia sobre su figura. De tono algo hagiográfico y marcadamente polémico por las circunstancias imperantes, la documentación que por primera vez se utilizaba produjo fuerte impacto.

Por lo demás, la edición del archivo que comentamos se ciñe, como explicita su subtítulo, a las relaciones entre la Iglesia y la República desde 1931 a 1936, pero el archivo del cardenal es mucho más amplio. Abarca otros dos grandes bloques históricos de la historia de la Iglesia española, y de la historia *tout court* de España: uno anterior, la dictadura de Primo de Rivera, y otro posterior, la Guerra Civil y la primera postguerra, hasta el fallecimiento del cardenal Vidal i Barraquer en 1943. Aunque la docu-

(7) Ramón Muntanyola, *Vidal i Barraquer, cardenal de la pau* (Estela, Barcelona, 1971). El mismo año se publicó una traducción castellana de V. M. Arbeloa, que mejoró el original y lo enriqueció con buenas notas (Estela, Barcelona, 1971). Lo mejor de la edición de Arbeloa ha sido incorporado a la segunda edición en catalán, revisada por Josep Massot i Muntaner, que ha podido añadir datos nuevos (Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1976).

mentación sobre estos dos períodos es mucho menos copiosa (porque en ellos no tuvo Vidal i Barraquer el protagonismo que ejerció en los años de la república), en ambos casos la aportación de su archivo será tanto o más importante de lo que ha sido para el período de la República. Lástima que Batllori y Arbeloa, después de su ímprobo trabajo, no se atrevan a acometer la edición de estos otros dos bloques y hayan descargado su responsabilidad en quien suscribe estas páginas. De momento está ya muy adelantada la biografía del que fue su vicario general durante la Guerra Civil y en la primera postguerra, el doctor Salvador Rial, que tuvo una actuación muy importante, trató de organizar la pastoral de la Iglesia en la Catalunya republicana coordinando los criterios, algo diferentes, de los demás vicarios generales de las diócesis catalanas, y en el verano de 1938, momento álgido de los intentos de normalización de la vida eclesiástica en la zona republicana, viajó a Roma para presentar ante Secretaría de Estado una carta del doctor Negrín solicitando el restablecimiento de relaciones diplomáticas.

El 13 de septiembre de 1993 se cumplirá el cincuentenario de la muerte del cardenal Vidal i Barraquer. Murió habiendo fracasado en toda la línea de su actuación pública. El padre Batllori me había expresado repetidas veces, cuando preparaba la edición de la documentación del último período de la República, la gran pena que le producía ver cómo se desmorona y se escapa de las manos del cardenal toda su obra de conciliación entre la Iglesia y la República, realizada siempre en estrecha colaboración con el nuncio Tedeschini y siguiendo las instrucciones de la Secretaría de Estado. De un lado hay cerrazón intransigente, del otro un jacobinismo sectario. De un lado, un golpismo que ciertos elementos eclesiásticos quieren elevar a la dignidad de guerra santa (y acabarán consiguiéndolo), del otro, propósitos no escondidos de revolución anticlerical e incluso antirreligiosa (que por desgracia también será triste realidad). Ya no hay espacio ni para los republicanos moderados ni para los católicos civilizados. Si ahora valoramos a los que trataron de evitar la guerra civil y que, una vez estalló, intentaron ponerle fin, o al menos restañar la sangre derramada y aliviar tanto dolor, el cardenal Vidal i Barraquer merece de un modo especialísimo nuestra admiración.

La publicación de su archivo referente a la República, en espera de los otros dos bloques, será el mejor monumento en su homenaje.